

# A.C.N. DE P.

AÑO XXV

15 de junio de 1949

NUM. 437

## EL CARDENAL TEDESCHINI, EN LA CASA DE SAN PABLO

**Celebró la misa en la capilla de la Asociación y administró la sagrada comunión a los propagandistas de Madrid**

El Cardenal Tedeschini ha vuelto a España después de trece años de ausencia. Ha vuelto como enviado especial y representante de Su Santidad Pío XII en el Congreso de Apologética de Vich. Y ese retorno ha servido, entre otras co-



Monseñor Tedeschini cuando fué nombrado Nuncio de Su Santidad en España

sas, para poner de manifiesto el inmenso cariño y las vivísimas simpatías que durante su larga gestión como Nuncio apostólico en Madrid supo despertar entre todos los españoles.

Quince años duró su gestión diplomática; quince años, durante los cuales hubo horas fáciles y horas de extrema dificultad, acaso las peores por las que ha pasado la Iglesia en España durante los últimos tiempos. Monseñor Tedeschini, excelente diplomático, insuperable psicólogo y ejemplar apóstol, supo sortear todas las dificultades, ganándose el cariño de los buenos católicos y hasta el respeto admirativo de los enemigos de la religión. Entre aquéllos acertó a reorganizar, en colaboración con las jerarquías eclesásticas, la Acción Católica Española, contribuyendo decisivamente a orientarla de manera que diese los frutos magníficos que luego se han visto; frente a los otros, frente a la labor demoleadora y laica de los enemigos de Dios y de su Iglesia, alentó e impulsó sin descanso toda clase de obras de apostolado.

No es de extrañar por ello que la llegada a España del inolvidable Nuncio, hoy Príncipe egregio de la Iglesia, haya sido acogida con fervoroso júbilo y que su breve estancia entre nosotros haya dado ocasión a continuos y respetuosos homenajes por parte de todas las clases sociales, desde el propio Jefe del Estado, que quiso nombrarle su huésped de honor, hasta las más humildes representaciones del pueblo, que en todo momento le hicieron objeto de las más efusivas manifestaciones de simpatía y cariño. En esta serie de actos organizados en su honor no podía faltar la A. C. N. de P., que tan acendrada devoción profesa al Cardenal Tedeschini, no sólo por el gratisimo recuerdo de su estancia en Madrid, sino por la representación augusta de que venía ahora investido como legado de Su Santidad. Y con objeto de rendirle un homenaje especial y particularísimo, solicitó de su eminencia el honor y la gracia de que dijese para los propagandistas la misa del día 8 de junio en nuestra capilla de San Pablo. Su eminencia reverendísima, como siempre lleno de afecto para la Asociación, accedió a los ruegos de nuestro Presidente, don Fernando Martín-Sánchez, y en la mañana de ese día todos los propagandistas de Madrid, a los que se unieron numerosos miembros de las diversas Ramas de la Acción Católica, tuvimos la dicha de recibir de manos del Cardenal Tedeschini la sagrada comunión y de escuchar de sus labios palabras de elogio y de aliento para la A. C. N. de P., que no se borran nunca de nuestra memoria.

### Datos biográficos

El Cardenal Federico Tedeschini nació en Androdoco, diócesis italiana de Rieti, el 12 de octubre de 1873, festividad de Nuestra Señora del Pilar, y se ordenó de sacerdote el 25 de julio del año 1896, día en que la Iglesia conmemora la fiesta de Santiago el Mayor. Hechos ambos que, por extraños designios, ligaban a monseñor Tedeschini desde los comienzos de su vida a dos grandes fechas de la vida litúrgica española: la Virgen del Pilar y Santiago, Patronos de España y símbolos tradicionales de nuestra fe y nuestra devoción más popular.

En 1900 comenzó a prestar sus servicios en el Vaticano en la Secretaría de Estado. Su actuación fué entonces de gran eficacia en una época tan difícil para la Iglesia como la que coincidió con la primera guerra mundial. Encargado especialmente por Benedicto XV para dirigir la asistencia a los refugio-

dos y prisioneros, demostró en esta ocasión las magníficas dotes de organizador y su gran capacidad de trabajo. El 5 de mayo de 1921 fué consagrado Obispo en la Capilla Sixtina y recibió otro título que de nuevo le ligaba a España: el de titular de la sede de Lepanto, con el que fué destinado a la Nunciatura Apostólica de Madrid. Los méritos contraídos en las misiones que desempeñó en Roma y en España movieron sin duda alguna a Pío XI a elevarle a la categoría de Príncipe de la Iglesia, y el 13 de mayo del año 1933, fiesta de Nuestra Señora de Fátima, fué nombrado Cardenal de la Sagrada Iglesia Romana, aunque reservándose el Padre Santo, "in pecto", el nombramiento, que no fué hecho público hasta el consistorio del 16 de septiembre de 1935. El título cardenalicio reservado a monseñor Tedeschini fué el de Santa Maria de la Victoria.

En la actualidad el Cardenal es arcepreste de la patriarcal basílica vaticana, prefecto de la Sagrada Congregación de la Fábrica de San Pedro, datario de Su Santidad y camarlingo del Sagrado Colegio Cardenalicio. También forma parte de las Congregaciones Con-



El Cardenal Tedeschini en la actualidad

sistorial, de Sacramentos, del Concilio, de Ritos, del Ceremonial, de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios y de Seminarios y Universidades. Asimismo es protector de 21 congregaciones religio-

# EL CARDENAL TEDESCHINI, EN ESPAÑA

EN TODAS PARTES FUE OBJETO DE FERVOROSOS HOMENAJES  
MADRID ESPECIALMENTE ACOGIO A SU EMINENCIA CON EL MAYOR ENTUSIASMO

La estancia del Cardenal Tedeschini en España, adonde llegó el día 4 del corriente como representante de Su Santidad el Papa en el acto de clausura del Congreso de Apologética, de Vich, ha constituido una manifestación de afecto del pueblo español hacia la Santa Sede y hacia la persona del Cardenal.

Desde que puso el pie en Port-Bou hasta que una semana después salió por Cerbere en dirección a Roma los actos de fervoroso afecto a su eminencia no se interrumpieron un instante. Primero Gerona y Vich, y luego Madrid y Barcelona, únicas ciudades que pudo visitar en los breves días que pasó entre nosotros, rivalizaron en la organización de homenajes y de actos en su honor. En otro lugar insertamos el programa oficial de su estancia entre nosotros; pero el programa sólo de una manera muy oscura puede dar idea de lo que fué la visita del Cardenal. Al margen de los actos oficiales y protocolarios, desbordándolos, se desarrollaron verdaderas manifestaciones de entusiasmo por parte de todos los católicos españoles que tuvieron la suerte de recibir su visita.

## La estancia en Madrid

Así, por ejemplo, el recibimiento que el día 7 le tributó Madrid, llenando en masa la estación de Atocha, entre himnos religiosos y vivas al Papa, a los que el ilustre purpurado contestaba invadido por la más honda emoción.

Un acto solemnisimo fué el de la recepción en el Ayuntamiento el mismo día de su llegada, en el que su eminencia pronunció un discurso de singular afecto para Madrid, recordando que su permanencia durante quince años en la capital de España bien le da derecho al título de hijo y vecino de la villa. Otro tanto ha de decirse de su estancia en la Casa de San Pablo, de sus visitas a las parroquias de los suburbios, en compañía del señor Patriarca de las Indias, y al Consejo de Investigaciones Científicas, así como al Consejo Superior de Jóvenes de Acción Católica. En todas partes su eminencia pudo comprobar el hondo afecto y devoción que entre el pueblo católico de España despierta su persona.

## El acto del Ateneo

Pero donde se puso más de relieve ese afecto y esa devoción fué en el acto celebrado en el Ateneo, organizado en su honor por la Acción Católica Española. El local resultó insuficiente para contener al público, que se desbordó por

sas españolas, entre ellas la de la Pía Unión Primaria del Instituto Teresiano de Madrid, Siervas de Jesús en el Santísimo Sacramento, de Tolosa; Hermanas de la Santísima Trinidad, de Madrid, y de las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón, de la misma capital.

Finalmente, es miembro del Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica y de las Comisiones Pontificias para la Interpretación del Código de Derecho Canónico y Cardenalicia para la Administración de los Bienes de la Santa Sede.

toda la casa, llenando salones y pasillos. La aparición del Cardenal Tedeschini en el estrado fué acogida con una nutrida salva de aplausos, que se prolongó largo rato. Junto al eminente purpurado tomaron asiento el ministro de Educación Nacional, el señor Patriarca de las

sorbian todo su tiempo. Era periodista. Y un día yo me acerqué a él para preguntarle si estaba dispuesto a asumir la organización de la Acción Católica Española; pero que había que renunciar a todo. Me contestó afirmativamente. Este hombre es el que hoy tiene a su



Con los propagandistas, en el salón del Centro de Madrid

Indias, el Obispo auxiliar de Madrid, doctor Morcillo; el presidente de la Junta Técnica de Acción Católica, don Alfredo López; el Nuncio de Su Santidad, monseñor Cicognani, y los Obispos de Málaga y de Bresso, doctores Herrera y Vizcarra.

Después de breves palabras de don Alfredo López y del magnífico discurso—que publicamos íntegro en otro lugar—del doctor Herrera Oria, se levantó a hablar el Cardenal Tedeschini. Hizo una historia del desarrollo de la Acción Católica Española, recordando cómo a su llegada se encontró con que faltaba el hombre que le diera a la organización las ideas modernas necesarias para su desarrollo. "Escribí al Vaticano—continuó diciendo el Cardenal—para decir que había un hombre, pero que estaba dedicado a otras actividades que ab-

cargo la diócesis de Málaga; y el tiempo ha venido a demostrarme que no me equivoqué en la elección. La Acción Católica Española me ha proporcionado un espectáculo imponente. En todos los países ha crecido día a día, poco a poco. La Acción Católica Española ha nacido adulta. El progreso de esta Acción Católica y el fruto me han impresionado vivamente. He encontrado progresos enormes en el orden moral. Esta mañana mismo he visitado las iglesias de los suburbios y he visto cosas que no podía imaginar. Hermosos templos, y al lado, escuelas. Médicos espirituales, médicos corporales, médicos intelectuales. Todo esto he visto. Y, como me lo habéis pedido, así lo diré a Su Santidad."

Las palabras del Cardenal fueron acogidas con una clamorosa ovación.

## PROGRAMA OFICIAL DE LA ESTANCIA

Para que nuestros lectores tengan una idea de los actos organizados en honor de su eminencia el Cardenal Tedeschini, y en la imposibilidad de dar una reseña detallada de todos ellos, por falta de espacio y por haberlo hecho ya toda la prensa, incluimos aquí copia del programa:

**Día 4 (sábado).**—A las once de la mañana, llegada a Port-Bou. Almuerzo en Gerona. Intervención en el Congreso de Apologética. Comida en Vich.

**Día 5 (domingo).**—A las diez de la mañana, misa de pontifical. Acto de clausura (bendiciones, etc.)—A las dos de la tarde, almuerzo en el seminario. Comida en Barcelona.

**Día 6 (lunes).**—Visita Poblet (u otros

actos organizados por el señor Obispo). Almuerzo en Barcelona.—A las siete de la tarde, salida de Barcelona.

**Día 7 (martes).**—A las diez de la mañana, llegada a Madrid, procedente de Barcelona (estación de Atocha). Visita al señor Cardenal Primado. Recepción en el Ayuntamiento de Madrid.—A las dos de la tarde, almuerzo ofrecido por el señor Patriarca.—A las siete, acto misionero, con intervención del señor Patriarca y don Angel Sagarminaga, proyección de la película "La mies es mucha" (en el Instituto Ramiro de Maeztu).

**Día 8 (miércoles).**—A las nueve de la mañana, misa en la capilla de la Casa de San Pablo (Asociación Católica Na-



# EL ACTO EN NUESTRA CAPILLA

*Todos los propagandistas de Madrid y organismos directivos de Acción Católica asistieron a la misa*

## EL DOCTOR HERRERA PRONUNCIÓ UNA ELOCUENTE PLÁTICA

El día 8 del actual, por la mañana, el Cardenal Tedeschini honró a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas acudiendo a nuestra humilde capilla de la Casa de San Pablo para celebrar la misa y distribuir la sagrada comunión. Fué un acto a la vez edificante y emotivo, que nos obliga más y más a la persona del insigne purpurado. Dos días sólo estuvo en Madrid, y uno de estos días tuvo a bien dedicarnos gran parte de la mañana y, lo que vale mucho más, venir a nuestra capilla para celebrar la santa misa.

### Misa y comunión

El acto no pudo resultar más brillante. Mucho antes de la hora anunciada, la capilla estaba rebosante de propagandistas y de numerosos compañeros, sobre todo directivos de la Acción Católica, así como personal de la casa, que no quisieron perder la oportunidad de asistir al acto y de recibir al Señor de manos de su eminencia. Hubo que abrir las mamparas del fondo y el coro; las escaleras, las tribunas..., todo quedó materialmente repleto.

Entre los innumerables asistentes se encontraban el Patriarca de las Indias y Obispo de Madrid-Alcalá, doctor Eijo y Garay; nuestro Consiliario Nacional y antiguo Presidente de la Asociación, doctor Herrera Oria; nuestro actual Presidente, don Fernando Martín-Sánchez; el Obispo auxiliar de Madrid, doctor Morcillo; el ministro de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo; el Consejo en pleno de nuestra Asociación; el ex ministro don José Larráz; los directores generales de Prensa, Propaganda y Bellas Artes; la Junta de gobierno y el Consejo de administración de La Editorial Católica; el presidente de la Junta Técnica de la Acción Católica, con toda la Junta que preside, y la totalidad de los miembros de nuestra Asociación residentes en Madrid.

cional de Propagandistas). Plática del señor Obispo de Málaga. Desayuno. Visita a una parroquia de los suburbios. A las dos de la tarde, almuerzo en la Nunciatura.—A las siete, acto de Acción Católica, con la intervención del señor Obispo de Málaga, don Alfredo López y su eminencia el Cardenal Tedeschini.

**Día 9 (jueves).**—Por la mañana, visita al Consejo de Investigaciones. A las dos de la tarde, almuerzo ofrecido por el señor ministro de Asuntos Exteriores en el palacio de Viana.—A las ocho, salida para Barcelona.

**Día 10 (viernes).**—A las diez y cincuenta y siete de la mañana, llegada a Barcelona.—A las siete y diez de la tarde, salida de Cerbere.

**Día 11 (sábado).**— A las tres y veinticinco de la tarde, llegada a Génova.

A las nueve llegó el Cardenal Tedeschini, quien pocos minutos después empezó la celebración de la misa. Durante esta, don Angel Herrera pronunció la fervorosa plática que insertamos a continuación, y llegado el momento de distribuir la comunión, todos los presentes se acercaron a la sagrada mesa con singular recogimiento. Al finalizar la misa, el Cardenal Tedeschini impartió la bendición papal.

### Palabras del Cardenal Tedeschini

Inmediatamente pasaron al salón y dependencias de la Casa de San Pablo, donde todos los presentes fueron obsequiados con un espléndido desayuno, ofrecido por el Consejo de administración de La Editorial Católica. Con tal motivo, el Cardenal Tedeschini pronunció unas emocionadas palabras de agradecimiento, en las que dedicó un cálido recuerdo a los días en que desempeñaba la Nunciatura apostólica en Madrid. Después, dirigiéndose a los propagandistas, les dijo:

**El Espíritu Santo está con vosotros desde el principio. La Asociación es apostólica; todos sois apóstoles y se os debía llamar la Asociación de los Apóstoles. Habéis estudiado, habéis caminado dando ejemplo. Sois, como San Pedro, los primeros propagandistas. Estudiáis; trabajáis en las encíclicas; vosotros debéis hablar, debéis propagar, debéis predicar lo que más se necesita: el amor a la Santísima Eucaristía, al Espíritu Santo y al Papa. Y alimentados por este espíritu habéis estudiado al Papa, habéis estudiado la Sagrada Escritura, habéis estudiado las encíclicas, cuando nadie pensaba en ello.**



El Cardenal Tedeschini orando en la capilla antes de la misa

**Habéis hecho el libro del Papa. ¡Qué hermosa expresión! Yo os felicito por la propaganda que habéis hecho y el bien que habéis deparado a todos, porque de vuestro seno ha surgido la potente Acción Católica Española. Fuisteis vosotros los primeros que pusisteis vuestro esfuerzo y vuestros entusiasmos al servicio del conocimiento y de la divulgación de las palabras del Padre Santo, ya que merced a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas la voz del Papa fué estudiada y difundida en España antes que en muchas otras partes. Diré, como otras veces, a Su Santidad lo que habéis sido y lo que sois y lo que España es en las altas esferas, donde el espíritu cristiano impera. Yo espero que Dios bendiga la Asociación y a cada uno de vosotros en esta misión de apóstoles. ¡Qué hermosa misión la vuestra, la de España!... ¡Qué hermosa misión la de to-**



En el momento de la sagrada comunión





Un momento de la misa

dos los propagandistas! El Papa la bendice y yo la bendigo también. He sido vuestro predicador y vuestro capellán, y seguiré siéndolo de vosotros y de España.

Después manifestó deseos de conocer al personal obrero de La Editorial Ca-

tólica y varios empleados de talleres se acercaron a besar su pastoral anillo, conversando con ellos el Cardenal afablemente durante algún tiempo.

Finalmente fué despedido por todos los presentes con una emocionada salva de aplausos.

## Palabras del doctor Herrera

Unas palabras nada más os voy a decir sobre el diálogo que después de la comunión, en la acción de gracias, debéis sostener con Nuestro Señor. Es un diálogo con el propio Dios, que ha venido a vuestras almas. Es un diálogo, en el primer instante, de profundísima reverencia ante la majestad divina. Es, después, un diálogo de amor con el amigo, con el esposo, con el Redentor, con el Maestro, con Nuestro Señor Jesucristo. Es un diálogo de amor en el cual vosotros tenéis que ofrecer y tenéis que pedir. El ofrecer todo con toda generosidad: vuestra vida, vuestra persona, vuestra memoria, entendimiento y voluntad, según la oración.

Yo hoy, en las palabras que voy a pronunciar, os diré, pues, lo que tenéis que hacer. Entended en primer lugar que donde quiera que la busquemos está constantemente repetida esta expresión en la Sagrada Escritura, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, particularmente en el Nuevo, por boca del propio Señor Jesucristo: "Pedid." En el sermón de la cena, Jesucristo dice a los apóstoles: "Pedid, que hasta ahora no habéis pedido nada; todo lo que pidáis al Padre se os concederá." Por consiguiente, cuando llegue el momento de pedir a Jesucristo, debéis pedir. Mas es preciso que sepáis pedir y que pidáis en nombre del propio Jesucristo, que sepáis pedir algo, y ese algo tiene que ser conducente para la vida.

¿Qué es lo que tenéis que pedir? Está clarísimo en la liturgia de estos días. Recuerdo que San Lucas en su Evangelio dice: "Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá." Y bien: San Lucas dice: "Si vuestros hijos os piden pan, ¿les dais una piedra?" Hay que pedir el espíritu bueno. Este espíritu bueno es el que da Dios Nuestro Señor al que pide. Hijos míos, estamos precisamente en la fiesta litúrgica del Espíritu Bueno, y Dios Nuestro Señor

no os puede negar ese espíritu bueno. Es más, su eminencia, que nos honra diciendo la Santa Misa, por todos vosotros va a pedir ese espíritu bueno.

Pedid, hijos míos, el espíritu bueno, que a vosotros os hace una falta extraordinaria. ¿Por qué? Porque Dios Nuestro Señor os ha colocado en circunstancias sumamente difíciles para conservar el espíritu bueno. Todos lo conserváis, con la divina gracia, porque vosotros no tenéis las defensas que tienen los sacerdotes, religiosos y Prelados; porque tenéis que vivir en contacto continuo con el gran enemigo del espíritu bueno, que es el mundo. Y como vosotros tenéis que conservar dentro del mundo el espíritu bueno, pedidle a Dios que os envíe su bendición.

¿En qué consiste ese espíritu bueno? Jesucristo en el sermón de la cena anun-

ció que llegaría este espíritu, que era el espíritu consolador; y este es el espíritu de fortaleza para vencer al enemigo del mundo. "En el mundo—dice Jesucristo—tendréis persecución; pero confiad, que yo con mi espíritu bueno he vencido al mundo. Ese espíritu bueno que os mando es el espíritu de la verdad, tan difícil de conservar y tener, para ver la verdad que existe en todas las cosas, pues en el mundo vive también el espíritu de la mentira y de la falsedad, y contra él tenéis que luchar con el espíritu bueno." Por tanto, si pedís a Dios que os envíe ese espíritu bueno, podréis vivir en el mundo y ver todo lo que tiene de falsedad y ver también todo lo que tiene de verdad.

Pedid espíritu bueno de paz. Jesucristo dijo: "Mi paz os dejo y mi paz os doy. Yo os enviaré al Espíritu Santo, el cual os recordará las cosas que yo he dicho. La paz que yo os doy no es la que puede dar el mundo; vosotros tendréis gozo en el corazón y vuestro gozo será tal que nadie os lo podrá quitar." La oposición entre este íntimo gozo y las gracias y las alegrías del mundo es evidente. Es el gozo de nuestra madre Teresa de Jesús; es el gozo que nace de la ofrenda del corazón, que se ensancha, que llega a rebosar; ese gozo que nace de la presencia del espíritu bueno.

He aquí, pues, hijos míos, las palabras con las cuales quiero preparar vuestro corazón para que os acerquéis a recibir a Dios Nuestro Señor. Mas es preciso que pongáis también algo de vuestra parte. Es preciso que al acercaros a recibir a Jesucristo, hagáis alguna promesa al Señor; que sois fáciles a entregaros al espíritu del mundo. Por consiguiente, cada uno de vosotros, antes de recibir la comunión, debe examinarse y debe preguntarse cómo debe servir con buen espíritu en el mundo. Mas ¿en qué consiste el espíritu del mundo? Ya lo sabéis perfectamente. En él no puede estar el espíritu bueno de Dios Nuestro Señor. Porque todas las cosas que hay en el mundo son concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos. Quitaos todo lo que tengáis del mundo, para que el espíritu bueno ponga todo lo que Dios quiere poner, para que seáis cada día más perfectos.

Es preciso, pues, que estéis muy unidos con vuestro corazón al espíritu de la Iglesia, a la palabra del Papa.

Para terminar, os diré a cada uno de



Aspecto de la capilla llena de propagandistas



## “LA ACCION CATOLICA—DIJO EN CIERTA OCASION MONSEÑOR TEDESCHINI— HA RECORRIDO EN ESPAÑA, EN TRES AÑOS, EL CAMINO QUE EN OTRO PAIS HUBIERA TARDADO VEINTE”

*“El gran pecado colectivo de España fué el no haber formado su conciencia nacional sobre los fundamentos que le ofrecían los Pontífices”*

*“La actividad de España después de su guerra ha sido inmensa; el catolicismo español ha escrito otra página gloriosa como los israelitas del tiempo del Nehemías”*

*“Hoy, más que nunca, la Iglesia necesita sobre todo de testigos más que de apologistas”*

### Discurso del doctor Herrera Oria en el acto de homenaje al Cardenal Tedeschini

*En el brillante acto de homenaje al Cardenal Tedeschini rendido en el Ateneo por los organismos nacionales y diocesanos de la Acción Católica Española, del que damos cuenta en otro lugar, pronunció un magnífico discurso nuestro Consiliario Nacional y Obispo de Málaga, excelentísimo señor don Angel Herrera Oria. Toda la prensa dió amplia referencia de esta soberbia oración, que nosotros publicamos íntegra por su excepcional importancia.*

Con viva alegría acepté el gran honor que me brindaban los organizadores del homenaje al Cardenal Tedeschini ofreciéndome un turno en esta fiesta.

Si para consumirlo hay algún título en mí, tal es, sin duda, el que he sido, como pocos, testigo del amor de su eminencia a España; yo soy testigo “ab initio”. Yo estaba en Roma cuando un día me dijo un monseñor en el Vaticano: “Bien se advierte cuán grande es el afecto que el Papa Benedicto XV tiene a España, donde pasó una parte no pequeña de su juventud. Ustedes los españoles se hallan de enhorabuena. El Papa ha destinado para nuevo Nuncio a una de las personas más apreciadas y queridas por él: a

monseñor Tedeschini, actualmente subsecretario de Estado.”

Celebré, pocos días después, la primera entrevista con monseñor Tedeschini, que aun no era Arzobispo de Lepanto. Quedé cautivo de su talento, de su bondad y, sobre todo, de su perspicacia.

“El Cardenal Tedeschini está dotado de un singular don para penetrar rápidamente en las personas y percibir los estados sociales. Esta mirada intuitiva de la realidad no es en él solamente fruto de la sagacidad diplomática; pertenece a una categoría más alta. Nace su penetración de que considera a las personas con amor y las juzga con misericordia. Contempla las cosas, como el apóstol San Pablo, con los ojos iluminados de su corazón.

De aquí que el Cardenal tenga particular gracia del cielo para comprender a la juventud y para ser comprendido y amado de la juventud. Lo demostró en Italia; lo comprobó plenamente en España. Todos los movimientos juveniles del 20 al 30 fueron alentados, orientados y sostenidos por los prudentes consejos y por el paterno calor del entonces Nuncio de Su Santidad. La A. C. N. de P., la Juventud Católica, los Estudiantes Católicos, saben cuán exactas son las palabras que pronuncio.

#### El misterio de España

Vuestra perspicacia, señor Cardenal, os permitió penetrar el misterio de España. De esta España pueblo singular; tal vez único por sus típicas características, que le han dado una tan marcada y preponderante personalidad en el concierto de las naciones.

El curso de nuestra historia quiebra con mucha frecuencia las leyes de la lógica. España ha dejado muchas veces por mentirosos a tantos fáciles profetas que, juzgando por síntomas externos, han querido ver en ella un pueblo en decadencia y, tal vez, próximo a la muerte. Se ha confundido la anarquía de nuestra vida pública, que contraponía fuerzas y las destruía, con la falta de energía vital, dolencia propia de las razas decadentes.

En los momentos críticos de su historia, España descubrió inesperadas e inagotables reservas espirituales, que trascendieron a todas las manifestaciones de la vida y fueron causa de una obstinada y a veces casi invencible resistencia al enemigo, de sacrificios su-

blimes y de actos de fortaleza heroicos.

La pujanza religiosa del país en los días normales y de paz — y es lo que más vale—se manifiesta cuando la conciencia nacional es sabiamente cultivada y dirigida. Recuerdo haber oído expresar en más de una ocasión a su eminencia la admiración que le produjo la rapidez con que España se había organizado en dos campos de la actividad religiosa en otro tiempo menos cultivados: el de las misiones y el de la Acción Católica. La Acción Católica —dijo en cierta oportunidad monseñor Tedeschini—ha recorrido en España, en tres años, el camino que en cualquier otro país hubiera tardado veinte años en recorrer.

Pero... Debo hablar con sinceridad... Quitaría todo valor a esta fiesta; rebajaría su carácter, si la convirtiera en un acto puramente literario. La ocasión pide más y su excelencia merece y espera más. La propia verdad de la historia que vengo relatando me obliga también a decir más...

El señor Cardenal nunca vió con plena tranquilidad el porvenir de España; sus temores se fueron aumentando a medida que fueron pasando los años de su nunciatura. En España, como colectividad política, faltaba algo que era esencial para dar estabilidad a la vida pública. Faltaba una sabia conciencia social definida y bien orientada. Debo añadir algo: el espíritu religioso, que ha producido en España tantos tipos ejemplares en el orden individual y en el orden familiar, no ha logrado crear católicos cultos y consecuentes para la vida social y pública en número bastante para garantizar el triunfo de la verdad y de la justicia en nuestra vida nacional. No están en España las virtudes sociales a la altura de las virtudes individuales.

No sé si el ilustre purpurado recordará la frase. Una vez se la oí pronunciar con profunda pena y con serio temor: “No construimos—exclamaba—; antes bien, el país ha entrado en un franco proceso de disociación. Este proceso de disociación puede convertirse en un proceso de disolución...”

La gran prueba no sorprendió a vuestra eminencia. El señor Nuncio apostólico estaba perfectamente informado de la realidad de España, y por el señor Nuncio estaba informada Roma. Nunca se dejó ganar de un optimismo infundado, como asimismo nunca, aun después de estallar la guerra—pruebas

vosotros las palabras que figuran en el introito de la misa de ayer. Empieza la Santa Misa diciendo: “Recibid las alegrías de vuestra gloria. ¡Aleluya! Dando gracias a Dios nuestro Señor. ¡Aleluya! Porque habéis sido llamados al reino celestial. ¡Aleluya!” Palabras de alegría, hijos míos, que a todos vosotros os alcanzan, porque todos vosotros sois escogidos de Dios Nuestro Señor para recibir algún día—ojalá sea anticipadamente—la felicidad. Dad gracias a Dios Nuestro Señor porque todos habéis sido llamados al reino celestial, y decid de corazón con la Iglesia católica: ¡Aleluya! Dad gracias a Dios por esta paternal vocación que os ha dado. Uníos, pues, con Dios Nuestro Señor, y los afectos que abrigue vuestro corazón, comunicádselos a Dios, siendo muy generosos en la oferta y muy confiados en las peticiones que pidáis al Divino Corazón, cuando recibáis a Jesús Sacramentado.



escritas tengo yo de ello— dejó el Cardenal Tedeschini de tener plena fe en la reacción victoriosa y salvadora de España.

### El gran pecado colectivo

El gran pecado colectivo de mi Patria fué el no haber formado su conciencia nacional sobre los fundamentos que entonces le ofrecían los grandes Pontífices que gobernaban la Iglesia. Digamos, si no en descargo, si como explicación de nuestro pecado, que no fué España sola la que desoyó las lecciones, los ruegos, las imprecaciones y hasta las tremendas y reiteradísimas conminaciones del gran León XIII y de sus sucesores.

No sé que haya habido nunca en el curso de la Historia una serie de Pontífices que, como los cinco últimos, hayan tenido una conciencia tan clara de lo que podríamos llamar el aspecto civilizador del Pontificado. Dejemos a un lado el progreso inmenso de la Iglesia en todos los órdenes durante los últimos sesenta años. Clavemos los ojos en la actuación del Pontificado sobre la sociedad civil. Estos Pontífices "civilizadores", colocados en la línea divisoria de dos épocas históricas, han querido salvar todo lo que hay de verdadero y eterno en una civilización que desaparece y han puesto los cimientos firmes de orden espiritual sobre los que se ha de levantar la sociedad futura. Jamás los pueblos y las naciones han oído una doctrina tan clara, tan firme, tan continua, tan adaptada a las necesidades de la época. Jamás, por desgracia, los pueblos, en conjunto, han sido más sordos a las lecciones del supremo Doctor.

Mas el pecado de los demás no excusa el nuestro. Y aun podríamos decir que en España ha sido más inexplicable por la sinceridad cierta de nuestros sentimientos religiosos y por nuestra firme e inquebrantable adhesión al Pontificado romano. Confirmaréis la verdad de lo que os digo si practicáis honradamente el consejo que voy a daros; meditad hoy, libres de todas las pasiones de partido, libres de todos los prejuicios de época, libres de todos los intereses de clase; meditad, repito, los documentos que el Papa León XIII dirigió al mundo y a España sobre materias sociales y políticas. Honradamente tendríais que reconocer que las palabras del Papa han sido proféticas y que nuestro castigo ha sido merecido.

Hubiéramos sido fieles a aquellas sapientísimas normas y orientaciones que muchas veces iluminaban el camino práctico, y otro muy distinto hubiera sido—y, desde luego, no hubiera sido sangriento—el curso de la historia de España en los últimos diez lustros.

Cometimos un pecado colectivo, y los pecados colectivos se purgan con proporcionados castigos colectivos también. Me diréis que, hasta cierto punto, la falta es disculpable, porque no a todos es dado seguir el vuelo del águila. Ciertamente, lo fué León XIII. Aun en el orden humano, pasa por haber sido el primer talento político de su época. El inicia una nueva era en el orden social. Por otra parte, la pasión política—noble pasión también, pero vehementísima—turbó los entendimientos más excelsos. Sí, puede haber alguna atenuante o explicación del hecho; nunca una justificación. La palabra del Papa debe ser aceptada por todo católico con una adhesión religiosa, hu-

milde, interna y eficaz. Y esa docilidad es la que faltó en nuestra Patria.

### El castigo de Dios

Y llegó lo que tenía que llegar. No quiero calificarlo con ningún adjetivo que sepa a temporal y humano. No quiero contemplar el tremendo acontecimiento a la luz de lo político, de lo social o de lo militar. Consideremos el aspecto divino de la catástrofe. Dios castigó a España porque la amaba, y el merecido castigo fué una prueba más de su misericordia.

Acuden a mi memoria las palabras del salmo 88:

"Y los siglos más remotos, que se han de ir sucediendo los unos a los otros, oírán de mi boca la fidelidad con que cumplo mis promesas.

Yo hice alianza con el pueblo que escogí.

Pero Yo, Dios grande, justo, fuerte y terrible, nunca apartaré de él mi misericordia y le cumpliré fielmente lo que tengo con él concertado.

Pefo si se diere el caso de que, abandonando sus hijos mi ley, torcieran el pie del camino derecho de mis mandamientos y de que despreciaran mis preceptos, Yo les visitaré con la vara del rigor en mis manos y sabré tomar el azote para reprimir sus iniquidades.

Mas no por eso apartaré del todo de mis hijos la piedad ni faltaré al cumplimiento de mi palabra.

Ni romperé el pacto que tengo ajustado con él ni violaré la alianza que con mi pueblo tengo concertada."

### La reacción de España

Sufrimos, en efecto, el castigo. Pero la prueba durísima puso de manifiesto la inmensa vitalidad de nuestro pueblo rejuvenecido y la profunda realidad de nuestra fe heredada. A torrentes corrió la sangre generosa de nuestra juventud, alegremente derramada en los campos de batalla por defender los derechos de Dios. Las propias madres, si fuera preciso, impulsaban a sus hijos a cumplir, con la entrega de la vida, el sagrado deber. Y, por otra parte, millares y millares de almas sufrieron con invicta fortaleza un durísimo cautiverio o entregaban, decididas y constantes, su vida al grito triunfal de "¡Viva Cristo Rey!"

Decid, señor Cardenal, desechada toda exageración retórica, si ha habido en el curso de la historia de la Iglesia, ya sea en los primeros siglos de la misma, ya en cualquiera de las grandes persecuciones generales, una página tan gloriosa como la que entonces escribió esta generación, porque se contaron por millares y millares los mártires, pero no sabrá dar la Historia el nombre de un solo apóstata.

### Y después...

Sigo siempre en el terreno religioso y moral en que me he situado. Pues bien; después, la actividad de España ha sido inmensa. El catolicismo español ha escrito otra página gloriosa. Como los israelitas contemporáneos de Nehemías, toda la España católica se dedicó, pasada la hora de la tribulación, a reconstruir los muros de la ciudad santa. Y si allí, según nos dice el libro sagrado, unos acudieron a levantar los muros derruidos, otros a restaurar las puertas quemadas, también aquí cada cual supo ocupar su lugar y cumplió, con esfuerzo y sacrificio, su propio deber.

Los Prelados a la cabeza reconstru-

yeron material y moralmente sus seminarios, hoy florecientes; reedificaron y organizaron parroquias; multiplicaron la predicación y las misiones. Muchos párrocos, en las grandes ciudades o en los pueblos, lograron borrar con su caridad y con su prudencia la línea que separaba a los españoles, volviendo a ganar todas las almas para Cristo, unidas a la fe común que existía en el fondo de todos los corazones.

Las Ordenes y Congregaciones religiosas han realizado una labor inmensa en sus noviciados, en sus casas de formación, en sus colegios, en sus escuelas profesionales, en sus ministerios, en sus misiones.

La Acción Católica, sabiamente dirigida y cada vez más extendida por todo el país, ha prestado un concurso inestimable al plan restaurador. Concurso en las grandes capitales y concurso preciosísimo, aunque menos conocido, en las pequeñas villas y aldeas.

En España, señor Cardenal, la restauración religiosa ha sido tan intensa, que hoy el país goza, en el orden espiritual, de un nivel superior al que ofrecía al advenimiento de la República. Han aumentado la fe, la piedad y la cultura religiosa.

Mas, al llegar a este punto, yo debo hacer la justicia que se debe a todos. Debo consignar públicamente que es inapreciable el concurso y favor que el Estado y el Gobierno español han prestado a la Iglesia en todos los órdenes.

Y aun diré más: sería por mi parte una ingratitud y hasta una cobardía si yo, con santa libertad apostólica y obedeciendo al mandato de mi conciencia, no recordara aquí el que, en la cumbre del Estado, el primer Magistrado de la nación da a diario un alto ejemplo al pueblo por el honrado cumplimiento de su deber. Deber que él concibe no como una orden impuesta por la disciplina militar, ni como mandamiento político, ni como un sacrificio patriótico, sino como algo más alto, que recoge y eleva esos tres nobles aspectos del mismo; lo concibe como un deber religioso, convencido de que de su conducta, tan llena de gravísimas responsabilidades, tendrá que dar cuenta un día a Dios, Nuestro Señor. (Gran ovación que dura largo rato.)

### "Queremos un sacerdote santo"

Y en cuanto al pueblo... ¡Pobre pueblo español! Si se le hace justicia y se le trata con amor, no sólo recibe, sino que se entrega al sacerdote. El pueblo español, casi todo el pueblo español. Yo aquí no admito divisiones ni colores. Puede haber minorías, y las hay—ya lo sé—, en determinadas zonas apartadas de la Iglesia. Pero son minorías. Dificiles de ganar, porque otras ideologías tienen embargadas sus mentes y otros ideales su corazón, ciertamente; pero son minorías, muy minorías. Otro sector, mucho más extenso, vive en el escepticismo y a la expectativa, pero es conquistable. La mayoría del pueblo se rendirá ante una efusión de caridad, generosa y noble, que prepare los caminos de una auténtica justicia social.

Llegamos aún a tiempo—mas no hay momento que perder—para ganar al obrero. Os lo puede asegurar el Obispo de Málaga, la llamada injustamente "roja". Conozco perfectamente el espíritu de los suburbios de Málaga, famosos en la literatura y en la Historia; por desgracia, en una historia que tiene pági-



nas tristísimas en los últimos ciento cincuenta años. Pues bien: por el contacto personal con ese mismo pueblo y por las informaciones de los párrocos, sé perfectamente cuántos son los tesoros de espiritualismo, de nativa nobleza, de generosidad y de religiosidad, más o menos cultivada, que en ese pueblo existe.

Y ¿qué os podría referir de los pueblos de la diócesis? De casi todos los pueblos al menos. ¿Hay cosa más bella que la llegada del Obispo a visitar una aldea perdida en los repliegues de la sierra, donde viven unos vecinos vida modesta y difícil, carentes, o deficientes al menos, de tantas cosas necesarias para la vida, y, sin embargo, puestos a pedir, lo que piden al Pastor, como rezan los grandes cartelones y estandartes con que le reciben, y las leyendas de los arcos que ha levantado el Ayuntamiento, es un bien espiritual, sintetizado en esta frase, mil veces repetida por el pueblo entero: "Queremos un sacerdote santo."

Y adquiere todavía más valor esta súplica hecha por los vecinos más pobres del lugar. Que me ha ocurrido tres, cinco, siete, no sé cuántas veces, al acercarme a alguna casita humilde, en cuyo interior toda pobreza tenía su asiento, encontrarme gratamente impresionado por alguna leyenda, que, por una vez, aquellos sencillos aldeanos había faltado a la norma que ellos tan exquisitamente guardan de enjalbegar primorosamente sus casas, para que sus muros se conserven como el ampo de la nieve, manchando la blancura de la cal con una frase escrita con un tizón, que en lo tosco de sus trazos y en lo gracioso de su ortografía demostraba ser un grito que brotaba de las entrañas de un genuino representante de los campesinos andaluces: "Queremo un sacerdote santo."

### La visita de la misericordia

No debo callar, porque el hecho religioso ha tenido el valor de un acontecimiento histórico, una manifestación esplendorosa de la piedad colectiva del pueblo español. Tal vez sería mejor decir una manifestación que supera todo encarecimiento de la paternidad y de la misericordia divinas. Sí, Dios ha tenido con España un rasgo, más que paternal, maternal; Dios, es cierto, hizo pasar por España el carro de la justicia del Señor de los ejércitos, implacable y terrible. Pero después, como si quisiera restañar las heridas y consolidar la antigua alianza, ha enviado, como celestial Mensajera que nos consuele, a la Reina y Madre de la misericordia.

No os podéis imaginar, señor Cardenal, lo que ha sido la presencia de la Virgen de Fátima en nuestras ciudades y en nuestros pueblos. No se trata de una explosión de fervor popular. No es una contagiosa manifestación imaginativa de la muchedumbre sensible, superficial y pasajera impresionada. Se trata de algo más hondo.

Si me es permitido hablar de mi Málaga, yo diría, por ejemplo, que contó menos para el caso la espléndida llegada de la imagen al puerto, donde Málaga entera, impulsada no sé por quién, esperaba a la Virgen, que las escenas que tuvieron lugar aquella misma noche en la Santa Iglesia Catedral. La simple presencia de la imagen bajo las bóvedas augustas del templo congregaba en sus naves una multitud inmensa que, conmovida por un secreto e irre-

sistible espíritu, buscaba, contrita, un confesionario donde descargar su conciencia. Jamás, a juicio de los sacerdotes malacitanos, se ha presenciado en la ciudad, ni aun en época de misiones, una conmoción más profunda y saludable de las almas. El fruto espiritual se extendió a todos, pero tuvo su punto culminante precisamente en los barrios más bajos y más calumniados de la bella ciudad andaluza.

### Y para el porvenir...

Y ¿qué podemos esperar de España, señor Cardenal? ¿Qué puede decir vuestra eminencia al Santo Padre de esta nación, a la cual habéis llamado vuestra segunda patria?

¿Podré daros la seguridad plena y absoluta de que España ha encontrado sus caminos de salvación? ¿Podremos mirar con seguridad el porvenir hasta el punto de que no dudemos de la fidelidad, en conjunto, de la nación a los planes providenciales que Dios puede tener sobre ella? Hablo en el orden espiritual. Otros problemas no son de este lugar. Además, me interesan menos. Más diré: si nosotros ponemos el pie en la senda de la justicia, certísimo estoy de que todo lo demás nos vendrá por añadidura. Vuelvo, pues, a hacerme la pregunta y a recogerme un poco espiritualmente antes de contestar, rogándoos a todos cuantos estáis presentes aquí que preguntéis a vuestras conciencias si no responden mis palabras a la voz interna que en ellas se levanta.

Eminencia: ¿Nos hemos aprovechado total y plenamente de la lección? Pues con toda sinceridad y verdad, yo os digo que, así formulada la pregunta, la respuesta no puede ser categóricamente afirmativa. Aun no hemos formado, siguiendo las orientaciones de Roma, esa conciencia pública religioso-moral que sea el fundamento incommovible de un nuevo orden estable.

Mas permitidme que yo ponga algunas atenuantes a la culpa que, honradamente, he confesado. Considerad, señor Cardenal, que ha sido preciso el que todos, eclesiásticos y seglares, asistiéramos en un primer momento a lo más urgente y apremiante, a restaurar aquello que es necesario y esencial para la vida de la Iglesia. Cumplido este primer deber, yo quiero advertir que hay en estos últimos años un movimiento de intensidad creciente, que acusa el decidido propósito de no incurrir, como pueblo, en los pasados errores.

Sí, eminencia; yo creo advertir que cada día se estudia y se propaga mejor la palabra del Papa. Es una afirmación relativamente consoladora. Porque es claro que aun estamos muy lejos de cumplir fielmente con nuestro deber. Mas el progreso es evidente, y marchamos con velocidad acelerada. Yo abrigo la seguridad de que, antes de muchos años, la conciencia nacional habrá sido tan leal al supremo Doctor, que el Papa podrá recrearse contemplando cómo sus palabras se han hecho carne y sangre en la vida colectiva de los españoles.

### "Oportune et importune"

Y como mi deber es el trabajar "oportune et importune" para que mi Patria siga al Guía puesto por el mismo Dios, quiero, en este último punto de mi conferencia, el recordaros vivamente algunos aspectos de la riquísima ideo-

logía doctrinal y práctica, bellamente expuesta en frases tantas veces coloreadas por el talento poeta del actual Pontífice, cuya palabra oratoria es a la vez tan suave en la forma y tan firme y tan enérgica en el precepto.

### Renovación de métodos

Necesitamos, lo primero, una renovación de métodos. Son aplicables a nosotros las palabras pronunciadas por el Papa a los Hombres de Acción Católica de Italia: "Una renovación de métodos, para que la palabra pontificia penetre más en la conciencia de los católicos." Renovación de métodos que podría alcanzar desde la iniciación social en los colegios de segunda enseñanza y en los seminarios hasta la creación de las minorías selectas, tantas veces aconsejadas por los Pontífices.

Necesitamos decidimos a actuar de veras, según el espíritu del Papa. Pío XII ha dicho:

"Los deberes de los católicos son de tal urgencia, que sería difícil imaginar la mayor, y habrá que llevar a cabo sacrificios heroicos. No hay tiempo que perder. El momento de la reflexión y de los proyectos ha pasado. Ha llegado el momento de la acción. ¿Estáis dispuestos? Los frentes que se oponen en los campos moral y religioso se hacen cada día más definidos. Ha llegado la hora de realizar un esfuerzo concentrado.

¿Qué pide hoy la vida en su aspecto civil? Hombres, verdaderos hombres; no de los que piensan solamente en divertirse y jugar como niños, sino hombres firmemente templados y dispuestos a la acción. Pide hombres que no teman caminar por los ásperos senderos de la presente y misérrima condición económica.

Hoy más que nunca, lo mismo que en los primeros tiempos de su existencia, la Iglesia necesita, sobre todo, de testigos más que de apologistas; de testigos que con su vida hagan resplandecer el verdadero rostro de Jesucristo y de la Iglesia ante los ojos del mundo pagano que les rodea."

La urgencia, pues, de esta hora, que no es de "lamentos, sino de acción", está encarecida por Pío XII, como lo estuvo por los Pontífices anteriores, particularmente Pío XI y León XIII.

### A las clases altas

Por tratarse de España, me parece imprescindible el recordar aquí los discursos dirigidos por el Papa Pío XII al patriado y a la nobleza romana. No dudo en afirmar que nuestras clases altas, en conjunto, son, de una parte, las principales causantes de nuestra desgracia. Y de otra, la más firme esperanza de nuestra restauración.

Sí; la más firme esperanza de nuestra restauración, porque abundan en ellas, tanto en la industria como en la agricultura, tanto en la aristocracia de la sangre como en la aristocracia de la ciencia, lo que en España se conoce con el nombre de caballeros cristianos.

El caballero cristiano es un hombre de conciencia recta y aun delicada en el orden individual y familiar. Pero en el orden social... ¿Si parece que hasta la misma expresión de "caballero" lo está indicando! En el orden social..., ¿cómo lo diríamos? En el orden social, no todos, pero muchos de éstos, auténticos caballeros—no hay ironía en mis palabras—, tienen un concepto anacrónico, atrasado de sus deberes de clase.



Hay muchos entre ellos que ven con recelo las doctrinas pontificias. Hay otros que, creyendo juzgar con sentido práctico, las consideran poco menos que ilusorias.

En conjunto, dichas clases, no se puede negar, si se cubrieron de gloria en la guerra, no cumplieron con su deber en los años anteriores a la catástrofe. Ni en el campo, ni en la fábrica, ni en la universidad, ni en la política...

Y, sin embargo—lo repito—, para mí, esas clases son la esperanza más segura de la restauración de España. Creo que en el orden religioso y moral están, en conjunto, por encima de las de cualquier otro país. Ellas pueden y deben ser las directoras de la España futura. Ellas las que pongan en práctica el pensamiento pontificio. Ellas las principales redentoras de nuestro proletariado.

¿Qué necesitamos, pues? Pues es urgentísimo que todos los que tenemos responsabilidad en el caso procuremos formar rectamente la conciencia de las clases altas. En los colegios, en la Acción Católica, en los retiros, desde el púlpito, de palabra y por escrito, es preciso vencer la resistencia, mezcla de ignorancia y de espíritu de mundo—orgullo y codicia—, que en esas esferas encuentra muchas veces la palabra del Papa cuando predica deberes que llevan consigo auténticos y verdaderos sacrificios impuestos por la justicia social.

### Pío XII y Balmes

Vuestra Eminencia ha recordado autorizadamente en Vich que hay coincidencias entre el pensamiento profundo de Balmes y la mente iluminada del Pontífice. Yo me atrevería a añadir modestamente que en pocos puntos se ve un paralelismo tan claro de pensamientos como en lo que se refiere a la misión de las clases altas.

Balmes escribió que cuando se trataba de restaurar a España, había que pensar en buscar una aristocracia. Y en alguna parte dice que puede ser decisiva en nuestra historia la creación de una minoría agraria. Balmes tuvo "adivinaiones pasmosas" (Menéndez y Pelayo), porque Balmes no vivió en Andalucía. Es preciso conocer a los grandes propietarios andaluces para conocer todo el valor de la frase de Balmes. Si aquellos caballeros cristianos, de cuya sincera piedad no se puede dudar, tuvieran un concepto tan claro de sus deberes sociales como lo tienen de otros capítulos de la moral, transformarían en dos generaciones la faz religiosa y moral primero, y después la moral y jurídica, de aquella espléndida región.

Volvamos a nuestro Balmes. De tantas páginas como escribió acerca de la aristocracia, me basta, para probar lo que vengo diciendo, el recoger una: "Las aristocracias lo serán, dijo el filósofo, si son civilizadoras."

"Mas esto no veda que en lo presente como en lo venidero se haya de verificar un principio social de eterna verdad, a saber, que todas las clases civilizadoras llegarán a ser clases altas, así como todas las clases altas tienen el deber y la necesidad de ser civilizadoras, y que cuando se olviden de su misión, caerán irremediamente. Su caída será un efecto natural del curso de las cosas y, además, un castigo de la Providencia."

Hombres de su siglo, han de caminar,

abriendo marcha, al frente de la nación.

"Este objeto no se podía lograr sin que la clase privilegiada marchase al frente de la sociedad, adelantándose a las reformas y mejoras demandadas por el espíritu del siglo y procurando defender su elevación, justificándola con la superioridad de la inteligencia y con la energía de acción en pro de los intereses comunales."

Y en todos los órdenes, en el científico, en el técnico, en el moral y en el económico:

"Quien desee, pues, acaudillar la sociedad del siglo XIX es indispensable que procure aventajarse a los demás en la ciencia, que trabaje en restaurar, arraigar y extender la moralidad, en mejorar la situación de las clases numerosas y en impulsar el desarrollo de los progresos materiales. De nada sirve un nombre ilustre, de nada cuantiosas riquezas, de nada una larga serie de distinguidas condecoraciones, de nada el ocupar por las leyes un alto puesto del Estado, si el personaje no figura por sus conocimientos, si no se ha señalado por su celo en pro de las mejoras de la situación moral y natural de los pueblos, si no ha impulsado grandes empresas.

La sociedad quiere palpar los beneficios que le produce. No se deja deslumbrar ni por brillante oropel ni por estériles riquezas; mide a la persona y a la clase no por lo que aparentan, sino por lo que valen; no por lo que deslumbran, sino por lo que aprovechan" ("Escritos políticos. Reforma de la Constitución", art. 7.º).

Hasta aquí Balmes, sin comentario por mi parte. Oigamos ahora con veneración las palabras del Padre común.

Ved lo que en enero de 1944 dijo Pío XII al patriciado y a la nobleza romana:

"No se trata de remontar la corriente, de retroceder hacia formas de vida y acción de edades declinadas, sino, tomando y siguiendo lo mejor del pasado, de avanzar hacia el porvenir con vigor de perenne juventud. Mientras tendéis generosamente a ayudar al verdadero progreso hacia un futuro más sano y feliz, sería injusticia e ingratitud reprocharos el culto del pasado, el estudio de su historia, la fidelidad irremovible a los principios eternos.

Vivís en la sociedad moderna no casi como emigrados en país extranjero, sino como ciudadanos beneméritos e insignes que quieren trabajar y colaborar con sus contemporáneos para preparar el saneamiento, la restauración y el progreso del mundo.

Existen males en la sociedad como en los individuos. Fué un gran acontecimiento en la historia de la Medicina cuando un día el célebre Laennec, hombre de genio y de fe, se inclinó ansiosamente sobre el pecho de los enfermos, armado con el estetoscopio, por él inventado, para hacer la auscultación, apreciando los más ligeros soplos y los fenómenos acústicos apenas perceptibles en los pulmones y el corazón.

¿No es acaso función social de primer orden y de gran interés la de penetrar en medio del pueblo y auscultar las aspiraciones y el malestar contemporáneos, sentir y distinguir las palpitaciones de su corazón, buscar remedio a los males comunes, tocar delicadamente sus llagas para curarlas y salvarlas de una infección posible por falta de cura, procurando no irritarlas con un contacto demasiado rudo?"

Y en otra ocasión, en el discurso de 1946, les pide que sus empresas fue-

ran verdaderamente modelo, "tanto en el orden económico como en el orden social".

Finalmente, en el discurso de 1948:

"Lo que esperamos de vosotros es prontitud para la acción. Una prontitud que no se espanta, que no se desanima por la previsión de ningún sacrificio que exija hoy el bien común; una prontitud y un fervor que, haciéndoos solícitos en el cumplimiento de vuestros deberes de católicos y de ciudadanos, os preserve de caer en un abstencionismo apático e inerte, que sería gravemente culpable en una época en que están en juego los intereses vitales de la religión y de la patria" (14-1-48).

### Desaliento y pesimismo

"Quisiera aprovechar la ocasión para que no sólo las ideas, sino el espíritu del Papa penetren en la mente y en el corazón de los que me escuchan. Quiero luchar, con palabras del Pontífice, contra el desaliento y pesimismo, que tantos estragos hacen en las almas mejor dispuestas. Hay que mantenerse igualmente alejados "tanto de un mal aconsejado optimismo que no tenga en cuenta la realidad, cuanto de la tendencia, todavía menos apostólica, que inclina a un pesimismo cobarde y deprimente" (mensaje de Navidad de 1941).

Manifestaba el Papa su plena confianza en el porvenir en aquellas palabras que pronunció con ocasión de su jubileo episcopal en mayo de 1942:

"Por lo demás, queridos hijos, en vano hubiéramos pasado por la escuela de León XIII, tan luminoso por su sabiduría; por la de Pío X, tan insigne por su piedad; por la de Benedicto XV, tan fecundo en dictámenes previsores; por la de Pío XI, tan lleno de valor y audacia, si en el turbión de tan universal tormenta permitiéramos que ni por un solo instante llegase a fallar en Nos aquella certeza, fundada en la fe, corroborada por la esperanza, madurada en el amor. La certeza que el Señor nunca vela más por su Iglesia ni está tan cercano a ella como en las horas en que sus hijos, oprimidos por las angustias y tempestades, podrían sentirse impulsados a gritar: "Maestro, sálvanos, que perecemos."

"No quiero de vosotros—decía a los Hombres de Acción Católica Italiana— que "imitéis al profeta Elías fugitivo y desalentado, cuando, sentándose a la sombra de un enebro, se echa a dormir con triste resignación invocando la muerte, sino al profeta Elías, que sobre el monte Carmelo desafia a los adoradores de Baal y con su oración, palabra y obras conduce a su pueblo al culto del verdadero Dios" (20 de septiembre de 1942).

En fin, vuestra eminencia tuvo la dicha de oírle personalmente las palabras que voy a recordar, puesto que están tomadas de la alocución al Sacro Colegio en la víspera de Navidad de 1943. Palabras en las que el Papa parece bosquejar una consoladora profecía:

"Si nos es lícito penetrar en la visión de los designios de Dios, de los que el pasado es luz, las arduas y cruentas condiciones de la hora presente no son tal vez otra cosa que el preludio de una aurora de nuevos desarrollos, en las que la Iglesia, enviada para todos los pueblos, se encontrará frente a deberes desconocidos en otras edades, que sólo podrán llevar a término ánimos intrépidos y resueltos a todo."

### El maestro interior

No quisiera terminar sin decir algunas palabras que me inspira la misma



liturgia de los días santos en que vivimos. Palabras, por otra parte, que responden al pensamiento expresado reiteradamente por los Pontífices, y especialmente por Pío XII. Palabras que nos llevan a poner toda nuestra confianza en el auxilio divino y no en ningún socorro humano. Palabras que hacen pasar a un segundo plano, podíamos decir, la misma voz del maestro exterior para poner la plenitud de nuestra confianza en el Maestro interior, cuyo espíritu es verdad y fortaleza.

Para alcanzar el sentido de las palabras del Pontífice, como para penetrar las palabras del propio Jesucristo, es necesario que ese divino espíritu nos haga conocer toda la verdad. Si, hay un doble testimonio de Jesucristo, como nos dice el evangelio de San Juan: "El espíritu de verdad que procede del Padre dará testimonio de Mí, y vosotros daréis testimonio de Mí." Juan podrá dar testimonio de lo que oyó, vió y palpó, como él dice en su primera canónica. Pero Juan no puede dar testimonio del nacimiento eterno del Verbo en el seno del Padre, como narra en las primeras palabras de su evangelio, sino es que a Juan le ha comunicado este testimonio el único que estaba presente a la generación eterna, esto es, el espíritu de verdad.

Quiero decir con esto—bien me entendéis—que sin una auténtica vida interior y de comunicación con Dios Nuestro Señor, sin merecer los dones del Espíritu Santo que pedimos y se nos promete especialmente en estos días, ni lograremos penetrar las doctrinas ni tendremos valor para practicarlas.

Pío XII ha escrito profundos conceptos sobre esta materia en su encíclica sobre el cuerpo místico de Jesucristo. La Iglesia de Dios tiene el doble gobierno. Cada uno de vosotros tiene su Obispo, sometido al Romano Pontífice. Pero, además, el propio Jesucristo es el Obispo y Pastor de vuestras almas, como dice San Pedro y recuerda Pío XII.

Todos los síntomas son de que aumentan en la tierra de Santa Teresita, San Juan de la Cruz y San Ignacio el número de almas verdaderamente apostólicas, porque son almas de vida interior. No es un tesoro exclusivo de España, ciertamente y por fortuna para la Iglesia de Dios. Pero en España este tesoro existe, y es grande, y es oro acendrado y purísimo. Dios quiera que las almas que se pongan al frente de nuestros grandes movimientos sociales y públicos pertenezcan a esta categoría de auténticos discípulos de Jesucristo. Dios quiera que, a través de ellos, el Espíritu San-

to ilumine y conforte a la nación entera.

Yo espero confiadamente que así ha de ser, eminentísimo señor. Yo sé que vuestra perspicacia os ha hecho ver la pujanza y vitalidad extraordinarias del catolicismo español y que llevaréis palabras de consuelo al Padre Santo. Si, nuestras esperanzas son fundadísimas, y se irán convirtiendo por días en realidades. No se pueden perder vanamente los sacrificios y oraciones de tantas almas santas como piden a Dios por España. No se puede perder la sangre generosa derramada por el santo nombre de Dios. No se puede perder el durísimo cautiverio fuertemente sos-

tenido por amor a Jesucristo. No puede llevarse el viento los gritos triunfales de nuestros mártires.

Y entre las cosas que no se pueden perder y que están haciendo presión a la divina Providencia para que consolide el bien en nuestra Patria, se encuentran las oraciones, las súplicas, las hondas preocupaciones y hasta las lágrimas que vos, eminentísimo señor Cardenal, ofrecisteis por España durante aquellos durísimos quince años de vuestra nunciatura apostólica. (Grandes y repetidos aplausos que se prolongan hasta unirse con la ovación al Cardenal Tedeschini cuando se levanta a hablar.)

## La prensa diaria y la conferencia del Obispo de Málaga en la IX Semana Social

"Ya" (29 abril 1949) dice:

"Magistral disertación de don Angel Herrera en la Semana Social. Con gran brillantez expresó el pensamiento pontificio respecto a las relaciones entre el trabajo y la empresa.

Es inútil pretender la paz social y aun el orden público si no se emprende la tarea social señalada por los Papas, afirmó el Obispo de Málaga."

"Diario Regional" (Valladolid, 29 de abril de 1949) manifiesta:

"Es preciso repartir equitativamente la riqueza.

Hay que reconocer el derecho del trabajo a la participación en la empresa. Gran error es dejar fuera de ella al obrero. Es vergonzoso que el desnivel social se ajuste cada día más con el alarde de lujo."

"La Verdad" (Murcia, 29 abril 1949):

"La participación de los productores en los beneficios de la empresa. Interesante conferencia del Obispo de Málaga, doctor Herrera Oria, en la IX Semana Social."

"El Ideal" (Granada, 29 abril 1949) comenta:

"El Consejo Social es la mejor fórmula de participación obrera en la empresa. Independientes del Consejo de administración, integrado por representantes del capital, el trabajo y el bien común, y con fondos propios. Si esto se hubiera hecho podrían haber sido abordados ya muchos problemas, como el de la vivienda.

Es preciso formar una conciencia social incluso en las empresas muy católicas. El empresario es el cerebro creador, pues sin él la empresa no hubiera existido.

En medio de las dificultades por que atravesamos, el desnivel social se acusa más cada día con alardes de lujo."

"Hoy" (Badajoz, 30 abril 1949) declara:

"Es necesario poner fin al conservadurismo anticristiano con la formación de una conciencia social en los empresarios."

"El Ideal Gallego" (La Coruña, 29 de abril de 1949) afirma:

"Es preciso repartir equitativamente las riquezas.

El Consejo Social, fórmula eficaz para la participación del trabajo en la empresa.

Hay que repartir los beneficios, pero destinándolos a fines sociales. El obrero español no quiere la lucha de clases."

## Don Fernando Martín-Sánchez, vocal de la Junta Técnica Nacional de A. C.

Nuestro querido Presidente, don Fernando Martín-Sánchez, ha recibido de la Presidencia de la Dirección Central de la Acción Católica Española el siguiente comunicado:

"Atendiendo a las circunstancias personales que en usted concurren, nos complacemos en nombrar a usted, de acuerdo con la Dirección Central, vocal de la Junta Técnica Nacional de Acción Católica Española, por el trienio correspondiente.

Madrid, 12 de mayo de 1949.—  
Firmado: Enrique, Cardenal Arzobispo de Toledo (rubricado).—  
Señor don Fernando Martín-Sánchez Juliá.)

Felicitamos de corazón a nuestro querido Presidente, en quien de manera tan repetida recae este honroso cargo.

## "Viviendas, viviendas y viviendas"

Folleto en el que se aborda por nuestro compañero González de Vega (ex alcalde de Avila) la solución radical y viable de tan primordial problema. Se exponen principios, se indican medios concretos y se afirma con la convicción que da la experiencia vivida y contrastada con otras muy diversas pídanse ejemplares de esta edición popular en la Secretaría General de la A. C. N. de P., Alfonso XI, 4

Precio: 0,65, más gastos de reembolso

## Cuotas anuales voluntarias

En cumplimiento del acuerdo tomado en la Asamblea de Loyola de 1946 sobre cuotas extraordinarias de carácter voluntario, y como consecuencia de la carta dirigida a todos los Centros y Núcleos invitándoles a suscribir dichas cuotas, se han recibido hasta la fecha las siguientes cantidades:

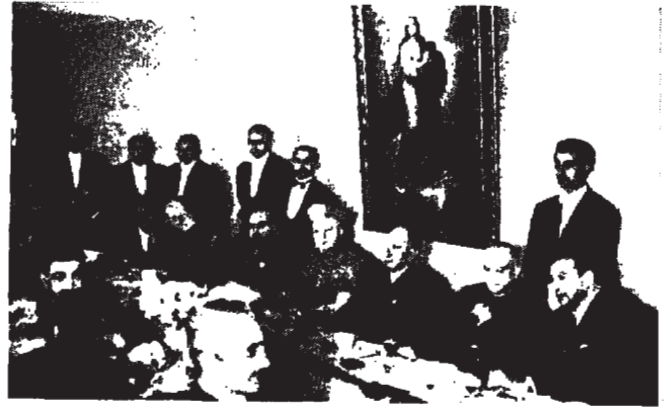
	Pesetas
7 cuotas de 1.000 pesetas .....	7.000
17 cuotas de 500 pesetas .....	8.500
23 cuotas de 250 pesetas .....	5.750
<b>Suma .....</b>	<b>21.250</b>



# VISITA DEL CARDENAL TEDESCHINI A LA A. C. N. de P.

## NOTAS GRAFICAS

La máquina de Santos Yubero ha recogido estos primeros planos durante la celebración de la Santa Misa y el acto celebrado luego en el salón de la Casa de San Pablo



1 y 2. Su eminencia reverendísima durante la santa misa y administrando la sagrada comunión.—3. El Presidente de la A. C. N. de P., Fernando Martín-Sánchez Juliá, reza la oración oficial de la Asociación al terminar la santa misa. Se ve en primer término al ministro de Asuntos Exteriores y miembro del Centro de Madrid, Alberto Martín Artajo.—4. Mesa presidencial del desayuno en honor de su eminencia reverendísima.—5 y 6. Distintos momentos del elocuente discurso de su eminencia reverendísima al terminar el desayuno.—7 Otro momento de la plática del excelentísimo y reverendísimo señor Obispo de Málaga